Ejército

OCTUBRE DE 2017 • AÑO LXXVIII • NÚMERO 918
REVISTA DEL EJÉRCITO DE TIERRA ESPAÑOL

Aretai, la ética de la responsabilidad

DOCUMENTO:
Mando de Transmisiones, presente y futuro

HERNANDO DE SOTO

José Antonio Crespo-Francés. Coronel. Infantería

En ambientes culturales anglosajones norteamericanos es frecuente escuchar hablar del «siglo perdido» para referirse al espacio temporal que abarca desde la llegada de Colón en 1492 hasta la arribada de los Peregrinos en 1622, olvidando que las dos primeras Acciones de Gracias, *Thanksgiving Day*, de los EE. UU. de América fueron celebradas en Florida (1565) por el capitán general y gobernador Pedro Menéndez de Avilés, y en Nuevo México (1598) por Juan de Oñate, siendo ambos, en su doble condición de capitán general y gobernador, el antecedente más antiguo de la Guardia Nacional de los EE. UU.

Hasta el definitivo asentamiento español fueron muchos los nombres que se ligaron al fracaso pero cuya experiencia ayudó al éxito en el definitivo asentamiento ejecutado por Pedro Menéndez de Avilés a partir de 1565. Debemos mencionar a Ponce de León, Hernández de Córdoba, Alonso Álvarez de Pineda (autor del primer dibujo del seno mexicano en su totalidad), Francisco de Garay, Francisco Gordillo, Pedro de Quejo, Lucas Vázquez de Ayllón, Esteban Gómez, Pánfilo de Narváez, Cabeza de Vaca, Hernando de Soto (nuestro héroe de este artículo), Luis de Moscoso, Diego Maldonado, Gómez Arias, Fray Luis de Cáncer, Fray Gregorio Beteta, Tristán de Luna, Ángel Villafañe y Hernando Manrique de Rojas, hasta llegar a Pedro Menéndez, sin olvidarnos de pilotos de la categoría de Antón de Alaminos, descubridor de la corriente del Golfo, Diego de Miruelo o Gonzalo Gayón.

Todos formaron parte de un esfuerzo sucesivo y reiterado ordenado por la Corona y dirigido desde el virreinato de Nueva España con el objetivo de controlar América del Norte para, desde el centro, ir colonizando y extendiendo la frontera del norte y encontrar un pasaje que

condujera por el norte hacia el Pacífico desde el Atlántico y viceversa.

EL TERRITORIO Y SU AMPLITUD

Se trata de un espacio con costas inhóspitas, sin lugares seguros donde protegerse y llenas de medanales, zonas de media y alta montaña con tremendas nevadas invernales, selvas con más agua que tierra, bosques húmedos, llanuras de herbazales infinitos y desiertos inacabables.

Hasta el establecimiento definitivo en La Florida la situación nunca estuvo ajena a sobresaltos, dada la posición estratégica de la península que penetraba en profundidad sobre el Caribe en dirección a Cuba, muy ambicionada por otras potencias, pues su caída en manos enemigas haría peligrar la seguridad de las rutas españolas de ida y regreso a América.

Florida, durante el siglo XVI, abarcaba prácticamente desde el noreste de Nueva España y Texas hasta la costa atlántica de Canadá. El territorio comprendido entre el río Pánuco y la Tierra de Bacalaos, tal como explica el Inca Garcilaso en su *Historia de La Florida*.

Antes de ser pisada por Ponce de León en 1513, en 1496 el veneciano Sebastián Caboto avistó y recorrió la orilla de la Tierra de Bacalaos hasta los 67° de latitud norte, bajo la cobertura de Enrique VII de Inglaterra. Hay incertidumbre sobre la fecha y latitud que alcanzó, si tenía o no la aprobación de los ingleses para su navegación, así como si descendió a tierra o tan solo avistó la costa. No obstante, los conocimientos de su viaje aparecen reflejados en el mapa de Juan de la Cosa de 1500.

Estos viajes no tuvieron consecuencias inmediatas, pues tanto escandinavos como ingleses postergaron cualquier intentona que incitase a otros a emularlos. En cuanto a la dimensión, el detalle y la amplitud del itinerario épico de Hernando de Soto, nos remitimos a la imagen que se acompaña y sobre la cual nos podemos hacer una somera idea de su amplitud.

Toponimia tras las primeras expediciones, según Diego Ribero

LOS ADELANTADOS DE LA FLORIDA

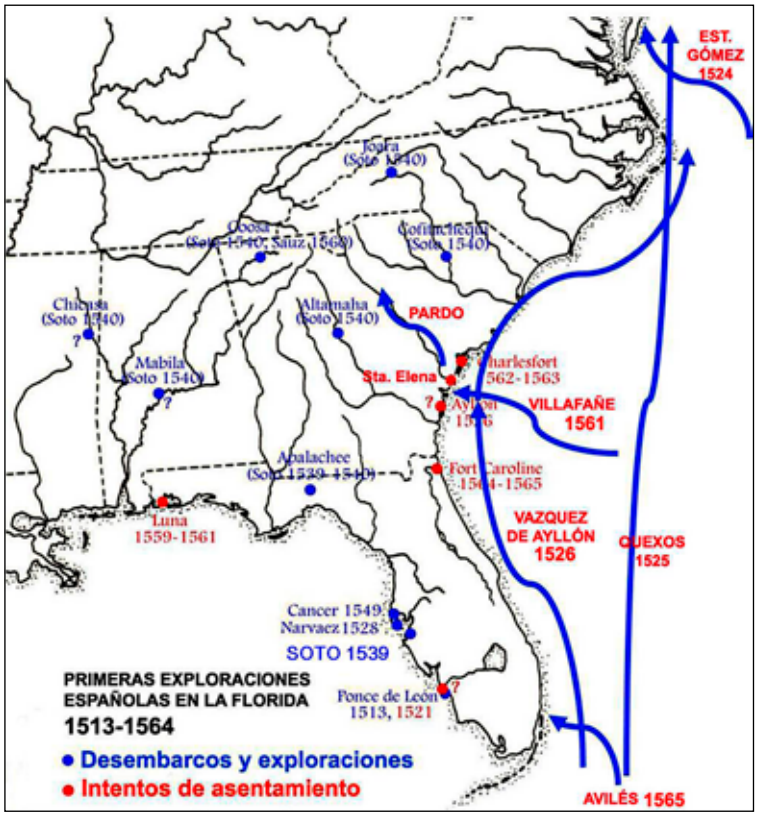
El primer español con el título de «adelantado» fue Juan Ponce de León, quien por dos veces intentó el asentamiento. Luego vendrían exploraciones como las de Hernández de Córdoba (1517) y Alonso Álvarez de Pineda (1519), o las de Francisco Gordillo y Pedro de Quejo (1520-1521). Posteriormente Esteban Gómez, en 1525, que recorrió la costa atlántica desde Canadá hasta La Florida. Seguidamente, y segundo en la secuencia como adelantado de La Florida, vendría Lucas Vázquez de Ayllón con sus dos expediciones (1520-1526).

El tercer adelantado sería Pánfilo de Narváez (1527), investido como «gobernador,

adelantado y capitán general de las provincias desde el río de las Palmas hasta La Florida», expedición fracasada de la que tenemos noticia a través de Cabeza de Vaca y su crónica *Naufragios*, quien junto a otros tres supervivientes protagonizó una marcha épica de ocho años en dirección oeste hasta llegar a Ciudad de México.

Inspirado por Cabeza de Vaca, Hernando de Soto organizaría su expedición como cuarto adelantado. Miembros de esta expedición publicaron más adelante detalles e información de gran interés sobre los nativos de La Florida, tales como su estilo de vida y costumbres. Tras las desdichadas incursiones de Pineda, Hernández de Córdoba, Ayllón y Narváez sería injusto negarle su importancia a la odisea protagonizada por Hernando de Soto desde 1539 y hasta su muerte en 1542, quien investido como adelantado intentó la exploración en sexto lugar.

A comienzos de 1558 Guido de Lavezares recorrió la costa sur de La Florida y ese mismo año Tristán de Luna, como capitán general y adelantado de La Florida, quinto en la secuencia, intentaría el asentamiento en la zona de Pensacola, seguido de Ángel de Villafañe (1561) en la costa atlántica, acompañado del experimentado piloto Gonzalo Gayón. Finalmente, Pedro Menéndez, el 22 de marzo de 1565, recibió en sexto lugar el título de adelantado y logró la expulsión de los franceses y mantener a perpetuidad el título de adelantado de La Florida para sus descendientes.



Primeras exploraciones españolas en La Florida (1513-1564)

DE SOTO

Hernando de Soto, como muchos de sus contemporáneos, fue llamado a la aventura desde temprana edad. Se le cita como el hombre que solo poseía un escudo y una espada.

Nacido a finales del siglo XV en la pacense Barcarrota, dentro de una familia de hidalgos, mostró, como tantos jóvenes de su época, su inclinación por la vida de soldado y la aventura como explorador azuzada por los logros de Ponce de León en La Florida, de Núñez de Balboa en el mar del Sur y de Fernando de Magallanes por el Pacífico y Asia.

De Soto partió con el primer gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila. En 1520 participó con Gaspar de Espinosa en la expedición a Veragua y en 1524 peleó en Nicaragua bajo las órdenes de Hernández de Córdoba, donde siempre dio pruebas de liderazgo y valentía. En 1530, como regidor de León en Nicaragua, exploró la costa en búsqueda del posible paso hacia el Pacífico. Tras la muerte de Pedrarias Dávila sirvió con Pizarro y se convirtió en su principal capitán en la conquista del Perú y en la captura de Atahualpa en noviembre

de 1531, a quien enseñó a jugar al ajedrez. Allí la enemistad que los celos y la envidia crearon entre Pizarro y Almagro le hicieron optar por su regreso a la Península tras amasar una fortuna.

A pesar de su holgada posición, el fracaso de otros alimentó la llamada de lo desconocido, como los relatos sobre la aventura de Ponce de León y de Cabeza de Vaca.

Este experimentado capitán en la conquista del Perú fue nombrado gobernador de Cuba y adelantado de La Florida según capitulación en Valladolid de 20 de abril de 1537, ciudad donde ese mismo año contrajo matrimonio con Isabel de Bobadilla y, aunque su inicial intención era ser destinado a Centroamérica para continuar buscando un paso hacia el mar del Sur, protagonizó un incansable peregrinaje de tres años por el territorio de varios de los actuales Estados norteamericanos, con costas que bordean el golfo de México, y murió en 1542 a orillas del Misisipi.

Su crónica fue publicada por primera vez en 1557 por un miembro de su expedición y traducida al inglés por Richard Hackluyt (se publicó en 1609).

Hablando de esta expedición, Ruidíaz y Caravia nos dice que un cronista afirmó que «el ejército de Hernando de Soto se componía de 1.000 hombres y 250 caballos. Cuantos vieron el embarque aseguraban unánimemente que nunca hasta entonces se había visto en América un aparejo tan magnífico y grandioso».

La expedición recorrió selvas, montañas, inmensas llanuras e inhóspitas costas sin posibilidad de abrigo, y los expedicionarios estuvieron sometidos a extremos climáticos, hambrunas y enfermedad. Zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 6 de abril de 1538, con 12 navíos, nueve grandes y tres menores, con toda su tripulación y 950 hombres de guerra más nueve sacerdotes, desde donde se dirigió a Cuba para completar todo lo necesario para la expedición. Más cauto que Narváez, envió primero en una carabela a La Florida al piloto Juan de Añasco para que reconociese la costa y buscase un puerto seguro donde poder desembarcar. Soto parte de Cuba el 18 de mayo de 1539 con 620 hombres y 220 caballos, y alcanza la bahía de Tampa, a la que nombró «del Espíritu Santo».

En su odisea penetró por el río Misisipi y confirmó que La Florida no era una isla sino que estaba unida a un enorme continente. En 1539 De Soto celebró en Tallahassee, su campamento de invierno, la primera Navidad en los Estados Unidos de América (se han hallado restos arqueológicos que lo avalan). Desde 1539 hasta 1541 Hernando de Soto exploró regiones de La Florida y de Georgia, las Carolinas, los montes Apalaches, Alabama, Misisipi y Arkansas, e incluso un destacamento llegó hasta las fuentes del río Misisipi.

A su llegada a La Florida rescató a un joven soldado, Juan Ortiz, superviviente de la expedición de Narváez y capturado por el cacique Uzita, que fue su fiel intérprete dado que hablaba la lengua timucua. Ortiz, conocedor de algunas costumbres y sensibilidades, le ayudó a conseguir un mejor acercamiento a los nativos asentados en poblaciones dispersas. Dado que se trataba de un ejército numeroso, al acampar generaba una necesidad imperiosa de vituallas que, lógicamente, provocaba una pesada carga para cualquier aldea indígena próxima. Soto tuvo la precaución de ir tomando sucesivos intérpretes mediante el auxilio de Ortiz, como el indio Perico, que le auxilió en la zona de Georgia.

Soto, para poder controlar su fuerza militar, ejercía una férrea disciplina, tanto con los nativos como con sus tropas. Así ocurrió en 1540, cuando llegó al territorio del Misisipi y, mientras pasaban el invierno en esta zona, algunos indios fueron hallados robando. Dos murieron en la intentona y al tercero Soto manda que le corten las manos. A su vez, cuando dos soldados españoles son hallados robando en un pueblo indio, Hernando de Soto los sentenció a muerte sin contemplaciones. Durante el primer año murieron cuatro misioneros y, al tratarse de una exploración sin detenciones ni asentamientos, se hacía imposible trabar relaciones con los nativos. Sufrieron emboscadas y duros combates que fueron diezmando la fuerza militar, como el sufrido a manos de la tribu mabila y su jefe Tuskaloosa, o los chickasaw.

Los fracasos misionales que acompañaban a la fuerza militar provocaron la polémica sobre si los misioneros deberían ir con los conquistadores o si, por el contrario, deberían ir solos para lograr un mejor rendimiento.

Fue precisamente el 8 de mayo de 1541 cuando las tropas de Soto llegaron al río Misisipi, cuya boca ya había sido vista y visitada por Pineda, primer europeo en ver aquel lugar.

En el itinerario de reconocimiento de Hernando de Soto el río Misisipi suponía, en su opinión, un tremendo obstáculo para su misión. El punto que empleó para su vadeo ha sido motivo de diversas investigaciones. La primera comisión, nombrada al efecto por Franklin D. Roosevelt en 1935, determinó que lo hizo probablemente donde permanecieron construyendo barcazas durante un mes y lo atravesó de noche para no despertar la hostilidad de los nativos. Investigaciones más recientes sugieren otros lugares en Misisipi: Commerce, Friars Point y Walls, además de Memphis, en Tennessee, donde actualmente un puente lleva su nombre.

Una vez al otro lado del río prosiguieron con la exploración en dirección oeste a través de los Estados actuales de Arkansas, Oklahoma y Texas, y pasaron el invierno en Autiamique, en el río Arkansas. En este lugar algunos cerdos de la piara que acompañaba a los expedicionarios se extraviaron y quedaron el libertad, y se los considera los antecesores de los hoy famosos cerdos «cerreros» o «ferales» de Nebraska.

En 1541 los miembros de esta expedición se convirtieron en los primeros europeos en contemplar el valle de Hot Springs en Arkansas, donde miembros de muchas tribus de nativos americanos se reunían pacíficamente para disfrutar de las propiedades curativas de las aguas termales. Las tribus mantenían acuerdos para dejar a un lado sus enfrentamientos y compartir en paz las aguas termales curativas.

Hernando de Soto permaneció en aquel lugar, del que tomó posesión, y tras un duro invierno la expedición comenzó un desplazamiento errático. Juan Ortiz había fallecido y la situación se tornó complicada para encontrar fuentes de alimento, dada la dificultad de entendimiento con los nativos a falta de intérprete. La expedición penetró en profundidad en el río Caddo, donde se enfrentaron con la gente tula (en el oeste de Arkansas, en octubre de 1541), nativos que fueron definidos por los expedicionarios como los guerreros más hábiles y peligrosos que habían encontrado. Seguidamente se dirigieron al río Misisipi.

Tras una titánica exploración, el 21 de mayo de 1542 moría Hernando de Soto, a los 42 años de edad, víctima de unas fiebres contraídas como consecuencia del rudo batallar y el trabajo incesante que, aún hoy, asombra a cualquiera que observe sobre un mapa el itinerario que ejecutó y en tan breve espacio de tiempo, que comenzó desde la bahía del Espíritu Santo, a la altura del paralelo 29, donde desembarcó el 1 de junio de 1539.

Cronau afirma que «poco antes de morir se despidió de sus capitanes y soldados, y entregó el mando a Luis de Moscoso». Sus soldados, temerosos de que los indígenas profanasen el cadáver de su general, construyeron un ataúd vaciando el tronco de un grueso árbol, envolvieron el cuerpo, lo lastraron y lo sumergieron en el Misisipi. El relato de esta dura y penosa expedición fue escrito por Luis Fernández de Biedma, factor de la expedición, quien recogió el descubrimiento del Misisipi, al que puso «Grande» y las grandes pérdidas que tuvo, incluyendo la suya.

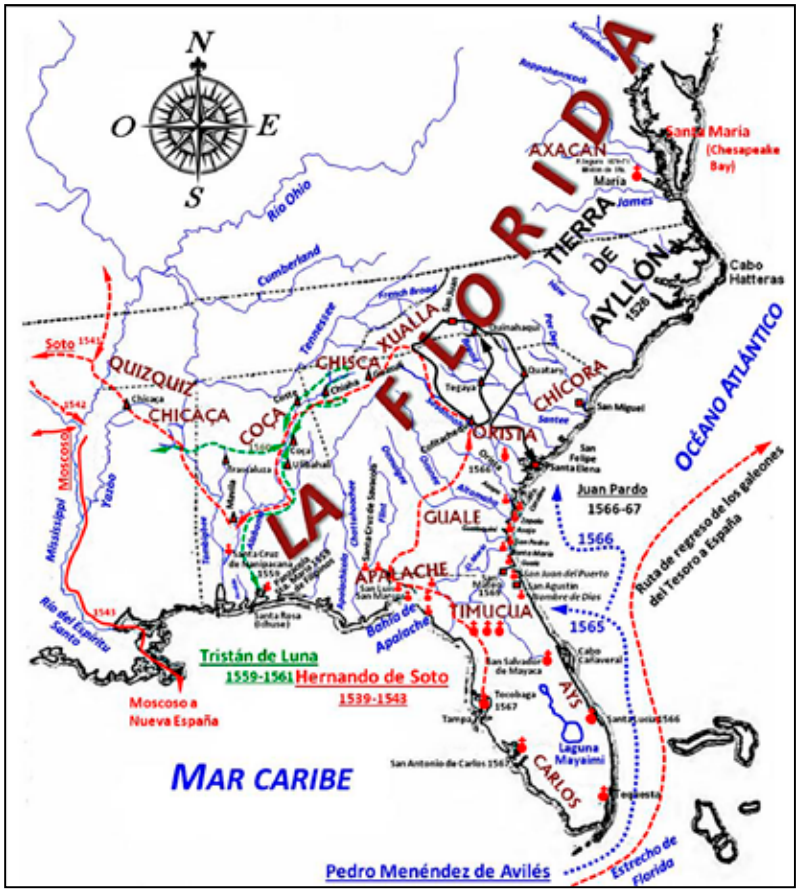
Luis de Moscoso, fallecido Hernando de Soto, marchó en dirección oeste y llegó al noroeste de Luisiana; prosiguió hacia Texas, donde esperaba poder encontrarse con Coronado y llegó hasta el río Brazos, para luego regresar sobre sus pasos al Misisipi, desde donde navegó hasta el río Pánuco y, costeando el golfo de México, para finalmente desembarcar y marchar a Ciudad de México, desde donde escribió dos cartas al rey y donde contrajo matrimonio con su prima Leonor, hija de su tío y protector Pedro de Alvarado.

Tras infinitas penalidades terminaron la epopeya 300 supervivientes, desnudos, famélicos y casi moribundos, resto del brillante ejército que había partido de La Habana unos pocos años antes.

Mientras tanto, una expedición al mando del capitán Diego de Maldonado y de Gómez Arias, capitanes de Soto, recorrieron desde Cuba las costas del Seno Mexicano y las orientales de La Florida hasta llegar cerca de la Tierra de Bacalaos, desde donde sin noticias de su adelantado regresaron a La Habana. La narración de la muerte de Soto y su entierro nocturno en el río Misisipi, escrita por sus soldados Carmona y Coles, recogida por Garcilaso en su obra *La Florida*, es de un notable valor literario y está considerada por los especialistas digna de ser incluida en las antologías de la literatura hispana en Norteamérica.

A partir de este momento comenzaron a aparecer piratas franceses que ya en 1551 infestaban las costas de La Florida. Tras la polémica de si eran mejor o no las expediciones misionales

con o sin soldados hubo algunas intentonas exclusivamente misionales que acabaron con el martirio de los misioneros. Fray Luis de Cáncer, el alférez de la Fe, y fray Gregorio de Beteta, realizaron el séptimo intento sobre La Florida.



La Florida, sus distintos territorios y exploraciones

LA HERENCIA DE HERNANDO DE SOTO EN LOS EE. UU.

En cuanto al recuerdo de Soto en los EE. UU., es muy conocida la pintura titulada *Descubrimiento de Mississippi,* de William H. Power, realizada en 1847.

En primer lugar destacamos la *Hernando de Soto Historical Society*. Varios hitos, *markers*, recuerdan la expedición, como el *De Soto National Memorial* de Bradenton, en Florida, el *De Soto National Forest,* en Misisipi, el *De Soto State Park* y el conjunto de cuevas *De Soto Caverns* en Alabama, los condados De Soto y Hernando en Florida, el *Hernando de Soto Historical Marker de Luisiana,* también el *Fort De Soto Park* en Pinellas, en Florida, las cataratas *De Soto Falls* en Lumpkin, Georgia, el condado de De Soto en Misisipi, con su capital Hernando, la localidad de DeSoto en Jefferson, Missouri, el puente *Hernando de Soto Bridge,* en el cruce de la interestatal 40 sobre el Misisipi en Memphis, el *DeSoto Hilton Hotel* en Savannah, Georgia, la *De Soto School,* en la localidad de Helena en Arkansas, la localidad De Soto en Johnson, Kansas…, por citar algunos.

Como dato curioso recordemos una marca automovilista norteamericana que rinde homenaje a nuestro héroe, el DeSoto de Chrysler Corporation, cuyo logo era una versión estilizada de un conquistador, que perduró hasta 1960.

Thomas Jefferson, uno de los padres fundadores, nos recuerda que «la historia más antigua de los Estados Unidos está escrita en español», idioma que, a juicio de Jefferson, todo norteamericano debería conocer.

John F. Kennedy, reconociendo esa falta, declaró en 1961 a los asistentes al Seminario Internacional de Archivos: «siempre he pensado que una de las grandes necesidades de los americanos de este país en su conocimiento del pasado ha sido su conocimiento de la influencia española, su exploración y desarrollo a lo largo del siglo XVI en el suroeste de los Estados Unidos, lo cual constituye una historia tremenda. Desafortunadamente, también los americanos piensan que América fue descubierta en 1620 cuando los peregrinos llegaron a mi propio Estado y olvidan la tremenda aventura del siglo XVI y principios del XVII en el sur y suroeste de los Estados Unidos».

Definitivamente, aquello no fue un siglo perdido.■